720

MARTA COLVIN

928 338
5

CORPORACION BEMCO
Biblioteca Nacional
J. T. LOYOLA
Referencia
Hemeroteca
CONCEPCION

MARTA COLVIN

730.928338
M375
(AHC)

Esta Exposicion

es posible gracias al

Auspicio de

EMPRESAS cmpc

00408AHC

000370 FOT

EL MERCURIO

Contenidos

13

"Escultora Andina"

25

"Colvinizadora del Mundo"

45

Esculturas de la Exposicion

Coordinacion General de la Exposicion

German Dominguez G.

Textos

Milan Ivelic

Cecilia Valdes Urrutia

Diseño

Francisca Bernier B.

Fotografias

Luis Poirot

Juan Pablo Fabres

Archivo de la Artista

Impresion

El Mercurio

Este Catalogo fue impreso en papel Albalux, de Empresas CMPC

"Salve Marta, Colvinizadora

del mundo. Martista de la

piedra, caminante chillaneja

de la Torre del Sur"

Pablo Neruda

Escultora Andina

"Me he preguntado que me impulsa a buscar la monumentalidad a traves de la piedra, material de mi preferencia, y me he respondido que es el encantamiento de la Cordillera de Los Andes que, desde mi niñez, me subyugo"

Estas palabras de Marta Colvin son esclarecedoras para comprender las raices de su trabajo escultorico. Si la cordillera poderosa fue una motivacion desde su infancia, los grandes monumentos megaliticos de los pueblos indigenas de Mesoamerica, del area andina y de Isla de Pascua fueron una revelacion posterior, cuando en su busqueda por encontrar un lenguaje personal, descubrio el legado arquitectonico y escultorico de los pueblos originarios.

Fue en 1960, despues de sendos viajes a Machu Picchu e Isla de Pascua, cuando tuvo la revelacion de esos mundos: "Ambos lugares me produjeron un tremendo choque emocional; vivi una angustia terrible hasta que un dia cualquiera dibuje lo que andaba buscando". Asi nacio su homenaje a Machu Picchu, punto de partida de su dialogo americano.

Para llegar a este dialogo tuvo que recorrer un largo camino. Se inicio con su ingreso a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile en 1939,

recien cumplidos los 21 años de edad. Dejaba atras su ciudad natal, Chillan, dramaticamente destruida por el terremoto que la asolo. Una obra que dono recientemente a la Universidad de Bio-Bio, "Ciudad Herida", queda como testimonio de esa vivencia dolorosa.

Su permanencia en la Escuela de Bellas Artes abre una primera etapa en su trayectoria, caracterizada por la exploracion de la figura humana, en donde la forma tridimensional mantiene un lazo de dependencia con el modelo, pero evitando la descripcion literaria y la subordinacion de los volumenes al dato concreto de la realidad. Una serie de retratos como "Silvia" (1946), "Edith" (1948) o el pintor "Gustavo Carrasco" (1941) pertenecen a este periodo; tambien una serie de figuras femeninas mas depuradas, de suaves curvas, como la "Vendimiadora" (1940), "Parejas" (1951), "Eclipse" (1952), "Niña de la Paloma" (1952) y "Danza para tu sombra" (1952), esta ultima en homenaje a la bailarina Isabel Glotzel. Otras obras tambien de homenaje son el "Libertador José Antonio Sucre" y el "Doctor Enrique Arancibia" (1949).

Una segunda etapa tiene su comienzo en 1948, al obtener una beca que la lleva a Paris y mas tarde a Londres. Es el periodo de contacto personal con es-

cultores internacionales: Ossip Zadkine, Henri Laurens, Henry Moore. Es tambien el encuentro directo con las obras de August Rodin y Constantino Brancusi.

"El arte no es imitacion, entiendanlo bien -les dice Zadkine a sus alumnos- enfrenten el problema". A nuestra escultora le aconseja: "Tuerza los angulos, combine rectas y curvas". El maestro Moore, por su parte, le plantea esta interrogante: "¿Por que viene a Europa esperando encontrarlo todo, si poseen una tradicion tan rica para investigar e inspirarse?" Esta pregunta no tardaria en tener una respuesta.

Pienso que esta etapa europea se inicia con dos obras de inspiracion rodiniana: "Monumento al Prisionero Politico Desconocido" (1952) y "Homenaje a la Neurocirugia" (1953) ubicado este en el Instituto de Neurocirugia de Santiago. Por otra parte "Las Tres Pascualas" (1956) pone de manifiesto la leccion de Moore al aligerar la masa con el juego de los vacios, rompiendo el bloque unico y macizo de su etapa inicial.

Marta Colvin replantea su concepcion del volumen: lo despoja mas y mas de residuos representativos, de analogias con el mundo exterior. En este senti-

do, la obra de Brancusi estimula su busqueda de un lenguaje tridimensional autonomo: "Humus I y II" (1956), "Terra Mater" (1956) o "Eslabon" (1956) son algunos ejemplos de esta emancipacion del volumen, cuyo sentido emana del propio juego de las lineas que se curvan y entrelazan. Hay un interes esencial por indagar en el origen de la vida, una indudable atraccion por las fuerzas vitales de la naturaleza, por la germinacion y crecimiento de lo viviente. La quietud de estas formas seran luego reemplazadas por volumenes mucho mas dinamicos y direccionales como "Manutara" (1957) o "Estrella del Sur" (1960) que anuncian su periodo de plena madurez creativa.

Vislumbro una tercera etapa decisiva y determinante en su encuentro con un lenguaje propio de creacion artistica. "Para llegar a el -nos dice Marta- he debido ausentarme de mi continente y apreciar su grandeza en perspectiva. Mi choque con el nervio artistico de Paris tuvo efectos dramaticos. Tras un evidente desasosiego de naturaleza indefinida tuve de pronto la revelacion de que ese mundo no era el mio. Me sentia desplazada, ajena a realidades qe no eran las que yo vivia e intuia, sin haberlas proyectado aun en forma tangible. Estuve mucho tiempo sin hacer nada ...."

Esta etapa se abre con el descubrimiento de las raices americanas. Tal como

se dijo, sera la columna vertebral andina, la inmensidad del espacio natural americano, sus monumentos ancestrales y los mitos y leyendas de la tradicion indigena los que le proporcionaran las fuentes de su trabajo escultorico. Una obra clave es "Torres del Silencio" (1960), ejecutada en piedra de 4.30 m. de altura. (Una version de esta obra esta instalada en los jardines del Congreso Nacional en Valparaiso).

Con esta y con otras catorce obras represento a Chile en la 8° Bienal Internacional de Sao Paulo, obteniendo el Primer Premio en Escultura. Cinco años mas tarde recibiria el Premio Nacional de Arte.

En esta etapa Marta Colvin se inclina por la piedra y la madera como materiales definitivos, tomando muy en consideracion sus cualidades naturales: color, textura, peso y densidad. Al trabajar sobre cada trozo de piedra o madera, tallando, cortando o pintando segun el caso, relaciona los volumenes entre si para lograr una estructura articulada. Es el resultado de la union de cada bloque con el otro, a veces replegados en lo alto para sugerir fijacion, permanencia e inmutabilidad, como en "Homenaje a Julio Verne (1975) u "Homenaje a los Templarios" (1982); o bien, bloques que al elevarse se expanden en la ho-

rizontal para invadir el espacio entorno, interpenetrarse y conectarse con el aire y la atmosfera que los rodean: "Rosa de los Vientos" (1976), por ejemplo.

En el origen de las obras de esta etapa hay una mentalidad arquitectonica, unida a una estrategia constructiva que se expresa en formas rigurosamente controladas, que se apropian del espacio con un irrefrenable sentido de la monumentalidad. No obstante, ese rigor constructivo termina cuando la escultura, ensamblada como un todo, es intervenida mediante cortes superficiales e incisiones profundas, que contribuyen a acentuar las direcciones que ha tomado el volumen. Estas intervenciones inconfundibles de su personal escritura marcan con énfasis la nueva identidad de los materiales, especialmente cuando el color policroma a la madera.

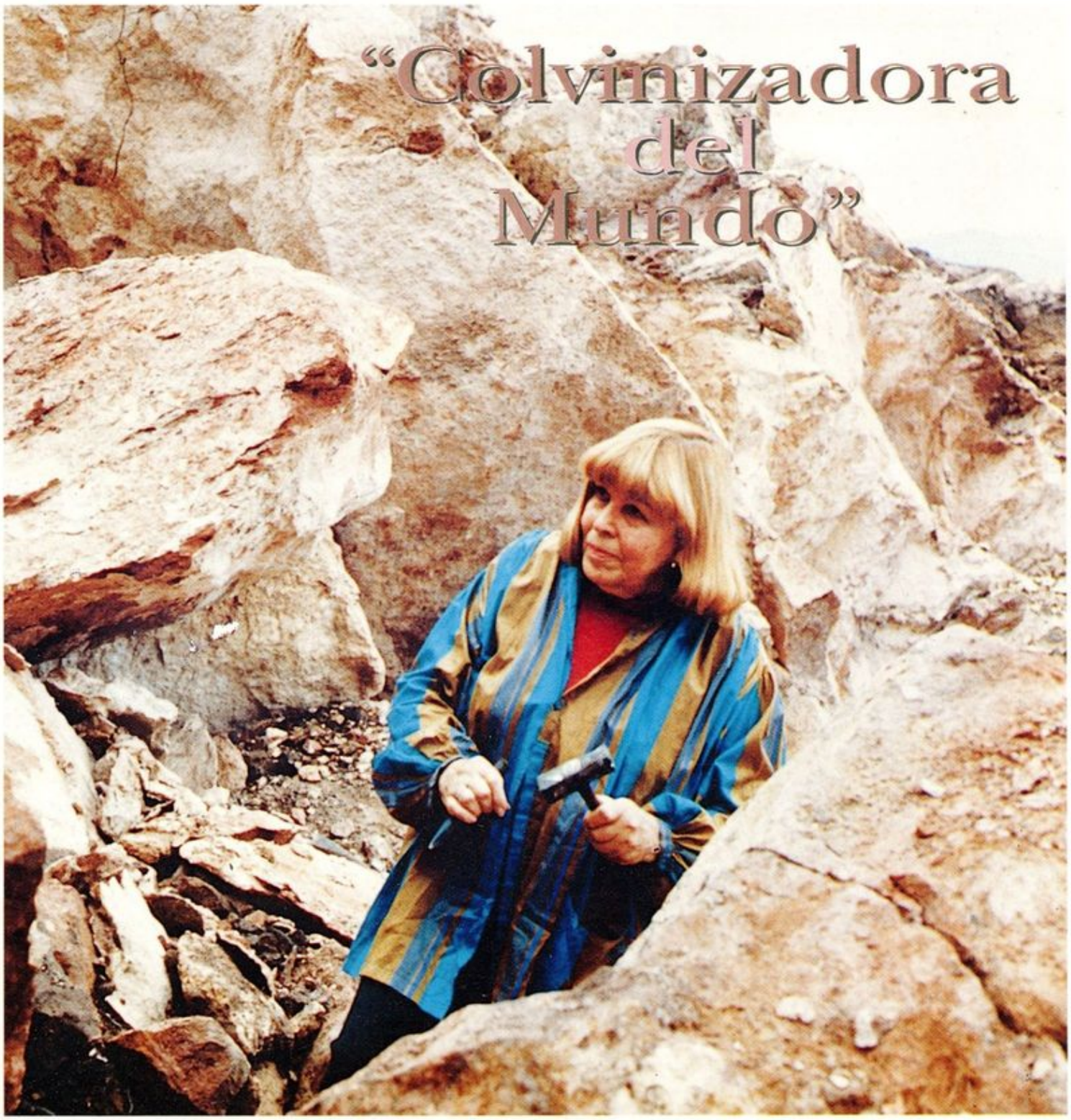
Sus obras monumentales se suceden ininterrumpidamente desde los años setenta y las encontramos en Chile, Francia, Belgica, Corea, Suiza, etc. El pais galo tiene en sus ciudades, bosques y costas un numero considerable de las casi 30 grandes esculturas ejecutadas por ella. Todas estas obras tienen una relacion simbolica con el mito: "El Caleuche" (1975); con la mole andina y las configuraciones rocosas de nuestras costas: "Horizonte Andino" (1967);

con las colosales construcciones precolombinas o con los magicos y poderosos personajes ancestrales: Toqui (1965) y Machi (1963).

En esta exposicion, Marta Colvin ofrece al publico chileno la posibilidad de contemplar, por primera vez, dieciseis obras ejecutadas en su taller de Paris, y que ella ha querido recuperar y dejar en Chile. Son obras que se incorporan al patrimonio artistico nacional y permiten conocer mas y mejor su labor creativa, que se ha prolongado por mas de medio siglo.

Estas dieciseis esculturas que hacen su estreno en este espacio museal, incluyedo las que se han agregado para completar la muestra, conjuntamente con las esculturas monumentales ejecutadas e instaladas en Chile, nos permitiran nuevas aproximaciones de lectura estetica para reafirmar el aporte de Marta Colvin en la historia de la escultura nacional, latinoamerica y universal.

Milan Ivelic
Director
Museo Nacional de Bellas Artes


"Colvinizadora
del
Mundo"

Sus obras cantan a la vida, a la poesía, a la libertad. Marta Colvin supo reencantar en la piedra y la madera el alma americana. Impuso su auténtica creación.

Sus monumentales esculturas se yerguen frente al Atlántico, a orillas del Sena, en parques, instituciones y en los principales museos de Europa, América y Asia.

Es una de las más grandes escultoras de Chile, sino la más. Premio Nacional de Arte 1970. Premio Bienal de Sao Paulo 1965, que abrió nuevas rutas al arte nacional.

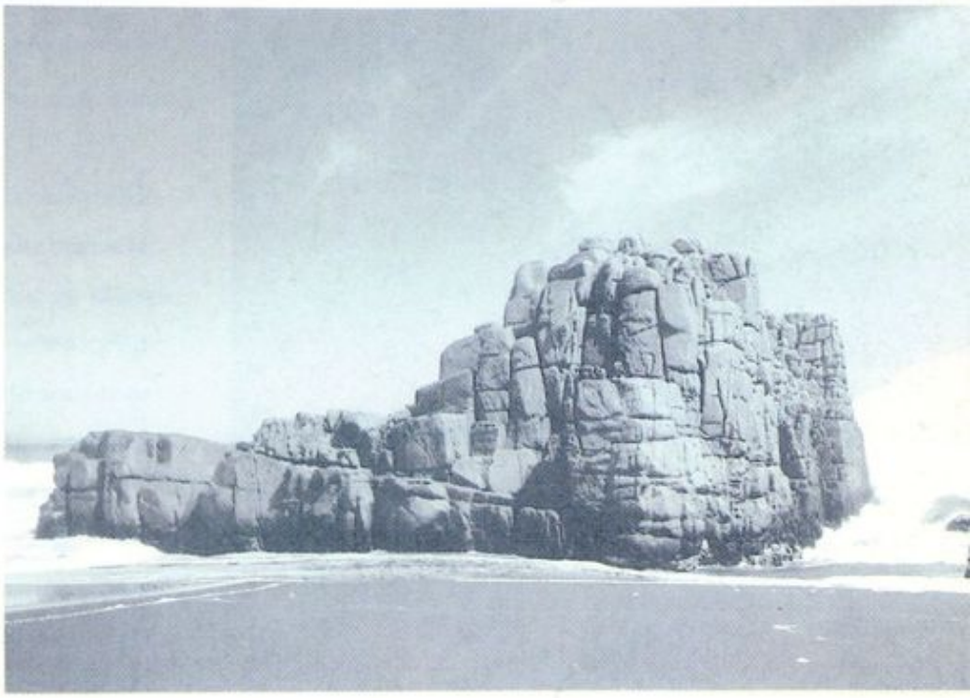
Veamos parte del itinerario de esta gran creadora y excepcional mujer, y demos paso también a que sea ella misma quien nos hable sobre su cautivante hacer, parecer y vivir.

Misteriosa Comunicacion

La calidez de la madera y el mundo pétreo atraen particularmente la atención de Marta Colvin. La piedra encontró en ella a una descubridora de vida y a una creadora de formas.

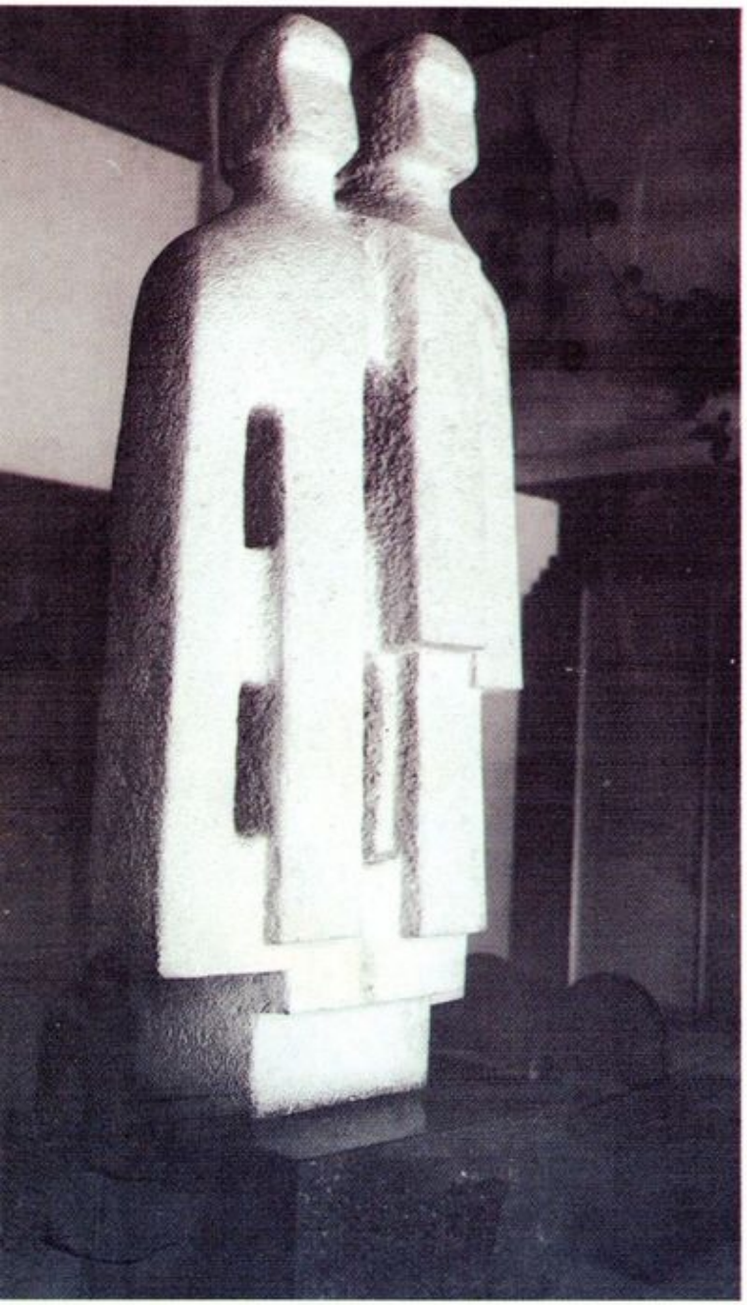
Marta se sumerge allí con su sensibilidad singular.

Creadora en terreno, muchas de sus obras han surgido en las mismas canteras, ya sea en Chile o en Europa. En Francia, en variadas ocasiones, debió permanecer meses en un lugar cercano a la cantera y allí esculpir con calor o bajo el frío desolador. Muchos fueron los días, que desde la madrugada debió dedicarse sólo a limpiar la nieve. Otras veces, presenció cómo cortaban la roca con dinamita, en la montaña o junto al mar.



En Chile, para dar con la piedra deseada, se internó, con ayuda de arrieros, en plena Cordillera de los Andes.

"Es emocionante, nos señala Marta Colvin. Porque en las canteras siento una emoción terrible. Miro



"Canto a la Vida"

la piedra y ya tengo la oreja. Toco los bloques y escucho una suerte de música. Por su sonido percibo si tienen una raspadura interna. Cuando no suenan como cristal es que algo hay dentro".

Es tal su inmersión en el mundo pétreo, "que cuando veo un pedazo de piedra en la calle me pregunto de inmediato: ¿qué puedo hacer? ¿Qué tendrá adentro la piedra a decir? Obtengo el mensaje. Así, cuando comienzo ya sé lo que quiero expresar. Es la comunicación misteriosa que se da entre creador y materia. Asimismo, trabajo casi siempre con materia viva: piedra, especialmente para el exterior, y madera, cuando quiero dar mayor calidez".

Sin embargo, no siempre esa comunicación entre creador y materia es perfecta. "Es curioso. En un momento la piedra o la madera se deja manejar. Es mi amiga. Pero en ocasiones se resiste. No puedo obtener el mensaje que tiene dentro. Permanezco, a veces, dos o tres días en ello. Es la maravillosa lucha del creador que intenta obtener el mensaje de la materia. Se produce un diálogo vivo entre ambos y lo siento totalmente sensible. Porque la escultura no se hace con los músculos, sino que con el espíritu, con la cabeza. Cuando surge el mensaje, soy la persona más feliz".

Poesia

La poesía también ocupa un lugar primordial en la creación de Marta Colvin. "Para mí la escultura es la expresión plástica poética de la tercera dimensión".

La poesía está en su obra. Lo lírico vibra y canta junto al rigor monumental.

También ella es una gran lectora de poesía. Entre sus autores predilectos se encuentran Rimbaud, Victor Hugo, Valery, Claudel, Breton, Baudelaire, Witman, Poe... Un espacio singular ocupan Gabriela Mistral y Pablo Neruda. "Son los pilares, como la Cordillera de los Andes, para afirmarme".

Guarda como reliquia un escrito que Neruda le dejó un día en el

Crillón. Fue el siete de enero de 1971 y dice así: "Salve Marta, colvinizadora del mundo. Martista de la piedra, caminante chillaneja de la Torre del Sur".

La pluma de Marta Colvin es otro talento que pudo llegar a ser arte. Diversas son las entrevistas y escritos suyos, de antes, que demuestran su aptitud y depurado lenguaje.

Chillan, Familia

Pero para comprender su sensibilidad, cultura y creación hay que remontarse a la familia y niñez de esta gran mujer.

Marta Colvin nació en Chillán en el seno de una familia particular. "Mi madre María Elcira Andrade, de origen portugués era muy artista. Pintaba y era extraordinaria para el piano. En las mañanas se sentaba a interpretar música clásica. Así amanecía yo. Era como entrar de inmediato en un clima de sensibilidad especial, sobre todo para una niña de 10 años".

La música marcó de tal manera a Marta que es una fuente de inspiración. "La música clásica me es muy importante para crear. Es el ambiente que requiero para sacar lo que tengo dentro".

La acompañan Bach, Vivaldi, Beethoven, Brahms, Schumann, Liszt y muchos más.

Su abuelo paterno, el poeta irlandés, James Alex Colvin, fue asimismo fundamental para ella. Le recitaba a Shakespeare de memoria. "Cuando llegó a nuestro país hizo un poema para Chile, tan interesante, que Isaías Gamboa, lo tradujo y figura en una de las primeras antologías".

James Alex Colvin le dijo también a Marta que su sueño era tallar, con sus manos, la grandeza de los Andes. Fue quien la llevó, además, a la primera exposición de plástica que nuestra escultora vio.

Inicios

No obstante, Marta Colvin se asoma a la escultura ya casada, des-

de los 15 años, con el agricultor francés Fernando May.

"Es curioso, pero siempre supe que tenía algo que decir. En el fundo comencé primero a inventar cosas en la pieza de mis hijos. Creaba formas. Luego me interesaron los tapices araucanos. Buscaba la manera de expresarme".

Fue en un día lluvioso cuando encontró lo suyo. "Iba en mi auto a una conferencia de filosofía, cuando en un momento veo al fondo del camino a una mujer que luchaba con su paragua. Le ofrecí llevarla. Me preguntó si yo era la señora de las casas -Marta Colvin, vivía en un especie de chateau francés, que había construido su marido-. Esa mujer me confesó que nunca se hubiera imaginado que me interesara por la filosofía. Me invitó a su casa. Quería enseñarme algo: el retrato de sus dos hijas. Era una escultura. Nunca había visto una y me quedé petrificada de emoción. No había luz eléctrica, sino una lámpara a parafina que titilaba, pero se veían las niñitas como vivas. Me dijo: «señora la veo tan emocionada, ¿quiere que le dé un pedazo de greda?» Ahí empecé".

Marta Colvin comprendió lo que podía hacer con sus manos. Comenzó a crear formas, a inventar. Un día llegó un pintor a Chillán, que hacía retratos. La familia May Colvin quería tener un recuerdo de sus hijos. Lo invitaron. Marta ya había entrado a la figura humana: "tomaba a las niñas del fundo, las sentaba, y les esculpía un retrato". Había dejado una de esas obras botada en el jardín, porque hasta entonces no se tomaba en serio. Ese artista la vio. Se impresionó y le dijo que no podía dejar de lado sus aptitudes. La impulsó para que fuera al Bellas Artes.

En 1939 el terrible terremoto de Chillán deja en el suelo la maravillosa casa de campo de Marta Colvin. Decide venirse a la capital. "En Santiago recordé a ese pintor. Lo llamé y él me trajo a la Escuela de Bellas Artes".

Del Bellas Artes a Paris

La Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile marca su

auspiciosa carrera. Allí es alumna de los maestros Julio Antonio Vásquez y Lorenzo Domínguez. Ambos le enseñan las técnicas de la escultura y le entregan las sólidas bases de la figuración, condición necesaria para su posterior obra simbólica abstracta.

Vásquez le dice: "Si hace una figura sentada, tiene que permanecer sentada hasta la eternidad. Se trata de encontrar el eje central, la columna vertebral que sostiene todo". Aprendió también que el cuerpo humano es como una selva, que hay que entrar allí, pero escoger lo que vale la pena, y el resto dejarlo...

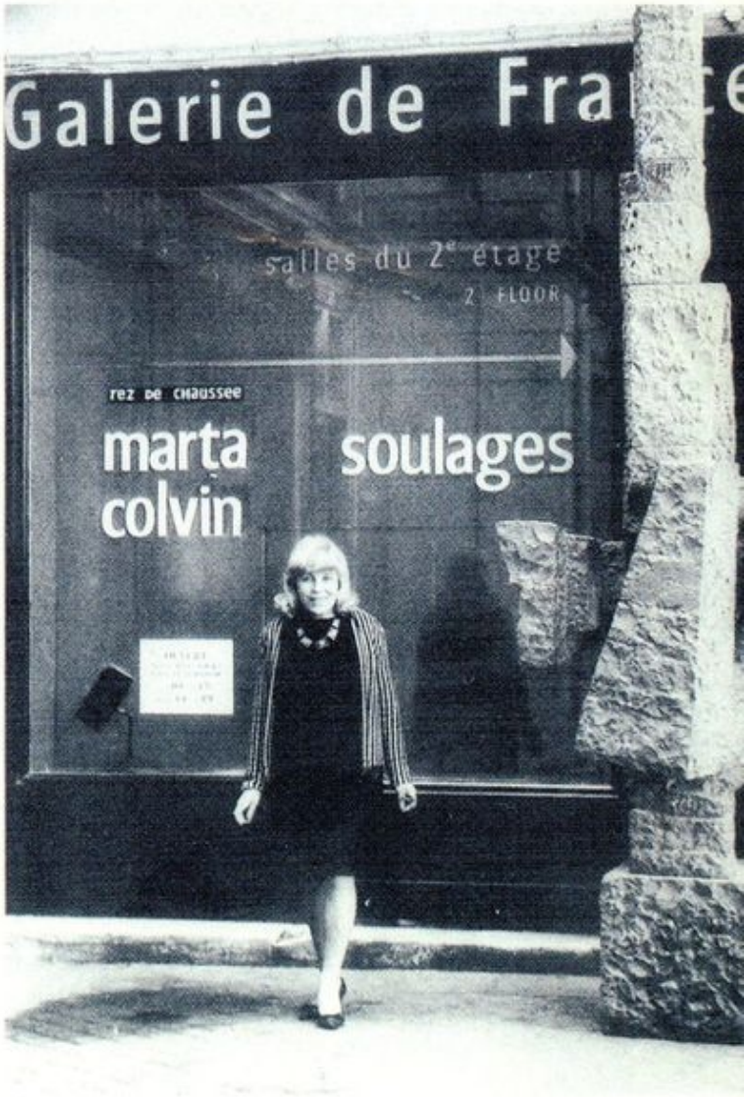
Comienza a obtener algunos premios. El primero es un tercer lugar en el Salón Oficial. "En ese momento fue el reconocimiento más grande que tuve, porque seguía sin tomarme demasiado en serio. Luego empecé a tener más confianza en mí".

En 1943 es nombrada ayudante de Vásquez. En 1947 el gobierno chileno le encarga su primer monumento: "Homenaje al Libertador Sucre". Un año después gana, entre muchos participantes, una de las primeras becas dadas por el gobierno francés a un artista, después de la Guerra. Es su partida como la gran escultora latinoamericana en Francia y Europa.

Llega a París en 1948 a estudiar a la Academia de la Grande Chaumière. Ingresa al taller del maestro Ossip Zadkine, de quien recoge su gran libertad creativa. "El arte para Zadkine no debía interpretarse como imitación sino que tenía que ser un problema. Sin embargo, vi cómo los alumnos le copiaban. Tenía un estilo muy marcado. Pensé de inmediato que había que hacer otra cosa".

El primer trabajo de Marta Colvin en el taller de Zadkine fue expuesto por el profesor delante del curso. El les dijo: "Tuvo que venir alguien del Nuevo Mundo para traernos la savia". Le pidió después a ella que fuera su ayudante, pero debía regresar a Chile.

Ossipe Zadkine siempre admiró el lenguaje de Marta Colvin y en sus memorias escribió: "Ella se convirtió en estandarte de todos aquellos escultores que quieren convertir un objeto corriente en



"Autorretrato"

objeto de eternidad".

En la Grande Chaumière, Marta también conoció al famoso modelo de Rodin, llamado Cacao. "Cuando recién entré, recuerdo una puerta que se abre, desde donde observé, en el lugar donde se pone el modelo, a un viejo, muy viejo, con más de 100 años. Tenía un aspecto físico descuidado, con el cabello blanco que caía sobre los hombros. Pensé que querrían buscar la cosa un poco grotesta para la escultura. No me interesó hacerlo, preferí esperar al próximo modelo. Se lo conté a un amigo y me dijo que era una reliquia de la Grande Chaumière, un famoso modelo que en su juventud había posado para Rodin".

Marta Colvin interrogó a ese modelo sobre el hacer del afamado escultor. "Rodin era como un mago, me dijo. Tocaba la greda y uno veía como latía".

Marta estuvo, asimismo, con Henry Laurens: "Sométase a la masa, es una e indivisible", le dijo. Compartió también su taller con el entonces joven escultor Etienne Martín, considerado el más grande de su generación. La escultora intercambia opiniones, además, con Arp, Brancusi, entre otros padres de la escultura contemporánea.

En 1949 esculpe "Germinal", que André Breton la rebautiza como "Humus".

Junto a Henry Moore

Pero es, sin duda, el gran Henry Moore quien marca profundamente a Marta Colvin. "El mejor escultor de este siglo y un hombre de gran sencillez y bondad".

Durante su primera estada en Francia, Marta no quiso volver a Chile sin antes conocerlo. "Por esas cosas locas que tenía y que me daban resultado: ahorré plata y partí a Londres. Me dijeron que me costaría mucho llegar a él. Me aconsejaron que fuera al British Council a preguntar su dirección. Allí me dieron las reseñas donde

se encontraba, en las afueras de Londres. Pero me advirtieron que estaba muy ocupado y que mejor le escribiera antes. No hice caso, me fui directamente al poblado de Much Hadam, donde vivía. El jefe de la estación me indicó un taxista que siempre llevaba a Moore. Llegué a su casa.

Moore estaba sentado en un sillón. El no hablaba francés, y yo con mi pésimo inglés me presenté: una escultora chilena que quería conocerlo. Era una inocente muchacha de poco más de 20 años. Me quedó mirando. Y me invitó a una sala al lado de su taller, donde se inició la conversación".

Marta Colvin le contó que conocía algunas de sus obras por fotografías. Le dio su opinión sobre ellas: "como aquellas que están en el Parque, y que en la realidad me desilusionaron, ya que las encontraba más bonitas en las fotografías. Porque veo que la luz que hay ahí no las favorece. Moore me respondió: «qué curioso, yo también lo he observado y he estado por arreglarlo. ¿Qué ojos tan extraños los suyos que me digan lo mismo que pienso? »". Hablaron muchas cosas. Moore le pidió que le mostrara fotografías de sus obras. Le encantaron. Y le ofreció que si se producía una beca del British Council intentaría que se la otorgaran a ella.

En su segunda vuelta a Francia, cuando Marta Colvin es recibida con gran acogida por todos los escultores, llega la beca de Londres. Es el año 1952. Ingresa a estudiar en el Slade School con el escultor F.E. Mc William. En forma paralela trabaja y aprende estrechamente junto a Moore.

Todas las semanas el gran escultor inglés acude a buscarla a la estación de tren. "Me subía a su auto y nos íbamos conversando hasta su casa. Con las preguntas que le hacía, me iba enriqueciendo".

Su hacer, sus consejos y la calidad humana excepcional de Moore revelaron a Marta Colvin su verdadero camino: "identificarme con la naturaleza hasta confundirme con ella".

Recuerdo un día en pleno invierno, cuando detiene su auto y me

dice: «Mire Marta, aquí está todo lo que podría enseñarle de la escultura. Ve este palo telefónico de cemento, es inerte, no tiene vida. Observe, en cambio, este árbol, cómo nace y entrega vida. Esto es lo que hay que hacer con la escultura, algo vivo, nunca realizar un volumen que sea inerte. Siempre estar atento a lo vital»".

Henry Moore tomó a Marta Colvin como a una hija. Le enseñaba en su casa. Y le hacía contribuir a lo que estaba creando. "En un principio me daba tareas muy simples. Por ejemplo, sobre sus mujeres recostadas, me decía: «quiero vestirlas, búsqueme formas bonitas en ropajes arrugados y póngamelas». Me dejaba que interviniera en su obra. Un hecho notable fue en una calle de Londres, donde instaló tres esculturas movibles. "Fue la obra más importante cuando yo estaba. Arriba de un andamio, me preguntaba: ¿Qué le parece la posición de esta figura? Yo le respondía: maestro creo que si la corre podría quedar mejor. Me decía: tiene razón, y la trasladaba".

Después, en París, cada vez que Moore fue a un proceso de fundición le avisaba y la pasaba a buscar. "Nos quedábamos ahí y sentía esa obra como casi mía".

Antes de su regreso a Chile, Marta Colvin obtiene importantes distinciones. En 1952 su monumento al "Prisionero político desconocido" es premiado en el Concurso Internacional de Londres. Exhibe en la famosa galería Verneuil de París, en 1954, con gran acogida de la crítica; y en la Sala Suzzanne de Connink.

En Chile, en 1956, el Salón Oficial le otorga el Premio de Honor, por su obra de talla directa en madera de castaño: "Terra Mater".

Sentir América

Pero el primer encuentro con Moore es también decisivo para Marta Colvin en su reencuentro con lo americano, característica y cualidad esencial en su obra.

El gran escultor inglés fue quien le dijo aquella frase, en plural: "Por qué vienen ustedes a estudiar a Europa esperando encontrar-

lo todo, cuando yo me enriquezco de ustedes? Moore le explicó que la fuente de sus figuras reclinadas estaba en el arte de México.

Marta Colvin se puso después a la caza de todo lo que era americano. Viajó a Lima, a Machu Picchu, a Isla de Pascua, al Norte. "Recuerdo una ocasión cuando el avión debió quedarse en plena pampa. Tuvimos que alojar en un hotel cercano. Al día siguiente salí a caminar. Me di cuenta que la pampa crujía, y que no eran mis pasos. Fue tal la impresión que me reafirmó en que esto somos nosotros. Comencé a sentir América. Decidí terminar con la expresión europea".

Una de sus primeras creaciones de su etapa americana es "Andes", una escultura en bronce que se encuentra en el Buque Escuela de la Marina Francesa "Jeanne D'Arc". Le siguió "Manu-Tara", inspirada en Isla de Pascua, "Torres del silencio" (1960), "Caleuche" (1964), "Puerta del sol" (1964), "Homenaje a Laura Lagos" (1964), "Horizonte andino" (1965), "Toqui" (1965), "Aku-Aku" (1965)...

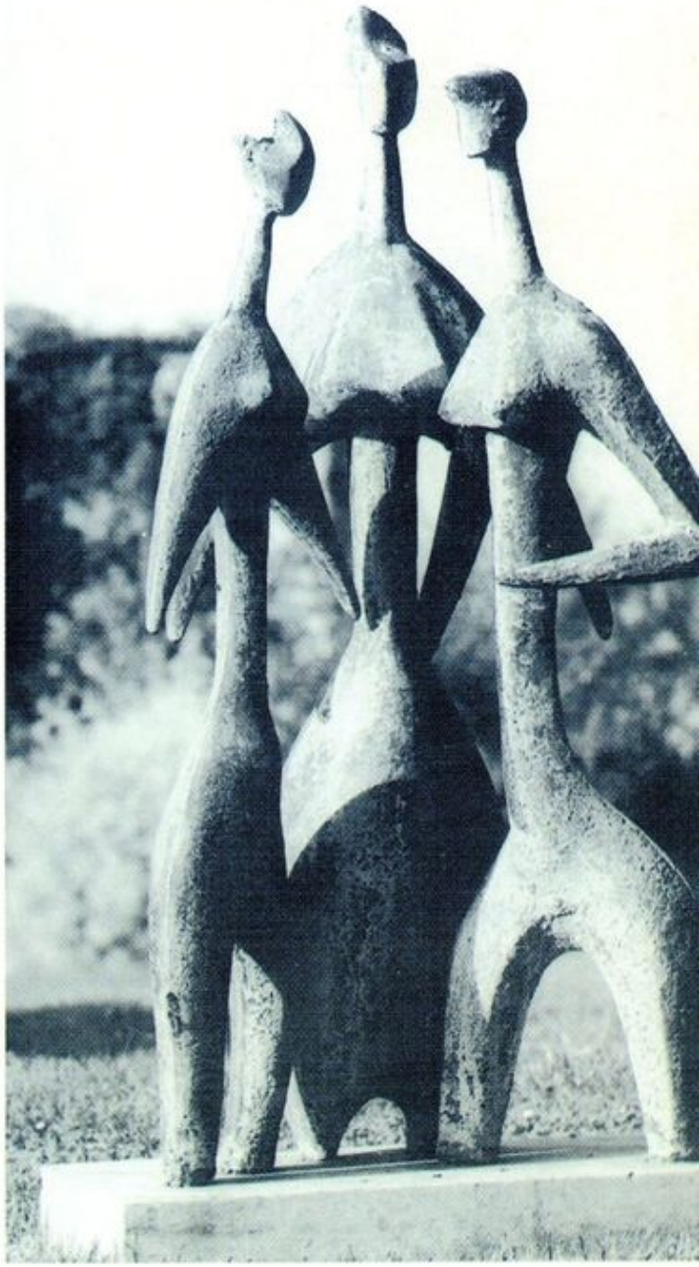
Primer Premio para Chile

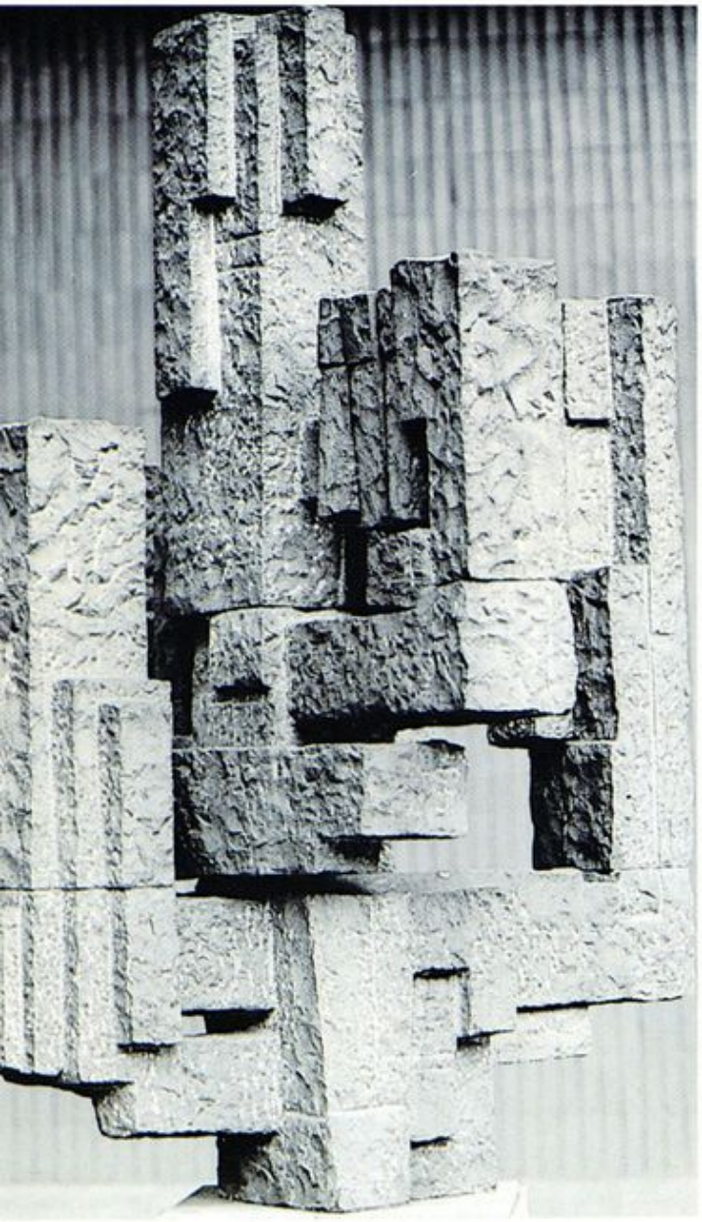
En 1965 Marta Colvin se consagra definitivamente en el ámbito mundial, al obtener el Primer Premio Internacional de Escultura en la Bienal de Sao Paulo. Ahí deja de ser ella para pasar a ser Chile. Este importante reconocimiento afirma su senda creativa, con rigor constructivo, y abre una nueva ruta a nuestro arte. Es también el primer galardón internacional de este tipo adjudicado a la plástica chilena.

El jurado fue integrado en esa ocasión por un tribunal de honor conformado por 21 miembros de la crítica mundial más selecta. Consultada sobre si sintió un cierto temor frente al eximio jurado, Marta Colvin señaló que no se había preocupado de ello. "Porque estaban mis obras y las dejé que se defendieran solas".

A su regreso, al entonces aeropuerto internacional de Cerrillos, Marta Colvin fue esperada con banderas chilenas, por sus amigos,

"Las Tres Pascualas"





"Arbol de la Vida"

profesores y alumnos de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, encabezados por el entonces decano, el pintor Carlos Pedraza.

Un dato de interés fue el reconocimiento que hizo la escultora sobre la presencia del diario "El Mercurio" en la Bienal de Sao Paulo, a través del gran crítico de arte Antonio Romera, quien dio más realce a la participación chilena y latinoamericana. El especialista escribió desde Ibirapuera: "El triunfo de Marta Colvin ha sido el triunfo de la estricta calidad que se ha impuesto sin ninguna interferencia. Y conste que nunca hubo una Bienal con tantos notables envíos de escultura".

Formadora de Generaciones

Pero este triunfo y otros triunfos no impedirán el frecuente regreso de Marta Colvin a Chile y su cátedra de "Forma y espacio" en la Escuela de Bellas Artes. Muchas son las generaciones de escultores nacionales que reconocen en ella a su gran maestra, en su enseñar y hacer. Su afán de transmitir la verdad de la libertad creativa.

Al aludir a sus maestros en Chile, Julio Antonio Vásquez y Lorenzo Domínguez, Marta señaló en una ocasión: "Ellos sabían que el rol de maestro no es tanto el de enseñar, sino el de despertar, de abrir los espíritus, mostrar nuevas rutas y hacer descubrir, a través del arte, lo extraordinario en lo ordinario. Ya que crear es agregar un valor personal, un valor humano a lo que existe, a lo que se ofrece al hombre como realidad, como misterio, como interrogación. Y, finalmente, es también una respuesta a la búsqueda apasionada de lo que sin fin interrogará a la insaciable curiosidad del espíritu frente a lo que provoca, lo inquieta, lo desafía...

Pero hay algo más en el rol del profesor, señaló la escultora, y es que, tal vez, abriga la secreta esperanza de transmitir al alumno el bagaje espiritual de conocimientos, de experiencia, de ilusiones que iluminaron su vida de creador y cuya luz no debería extinguir-

se cuando él haya desaparecido".

Sin embargo, Marta Colvin puntualiza que frente al arte, la obra de un creador puede tener valor sólo como un modesto aporte a la gran corriente formada por la tradición, los sueños, la libertad creativa que ha precedido. "El artista es precursor pero es también heredero de todo lo que otras épocas produjeron".

Con este concepto, prosigue su hacer. Su lenguaje vital, abstracto, americano se impone en el exterior. Vuelve siempre a Chile para integrarse con nuestro paisaje, para no perder sus esencias, encontrarse con sus piedras cordilleranas y con sus discípulos. Pero requiere del enriquecedor ambiente parisino para crear, donde llega a residir por casi 30 años.

En París se nutre del ambiente cultural. Asiste a conciertos, exposiciones, al teatro. Cultiva sus otros artes, como la cocina. Famoso es su "Coq au vin", como también su afición a las plantas.

Su creacion escultórica triunfa ampliamente en la Ciudad Luz, donde no es fácil el éxito y se logra sólo con una auténtica creación, como la de ella.

De sus logros en París y Europa, y de su retroalimentación con América, da cuenta un artículo de Antonio Romera, en 1968: "Marta Colvin, animada por el éxito, no ha dejado que su escultura pierda el acento vernacular y primigenio que la ha caracterizado. Pero ese nuevo ámbito la ha hecho más exquisita, más universal también. Esas piedras son el mensaje que un continente manda a otro, y así lo han reconocido, desde Denis Chevalier hasta el crítico Grand, en su artículo de Le Monde: «El lenguaje de Marta Colvin, conciso y firme, aunque sin sequedad, armoniza perfectamente con su estilo directo, lacónico. Extrae lo esencial de su fuerza significante de las posibilidades expresivas de la línea recta»".

En París, la escultora también conoce y contrae matrimonio ya viuda con el gran poeta y escritor Pierre Volboudt.

El 29 de diciembre de 1970 la unanimidad de los miembros del ju-

rado en Chile deciden otorgarle el Premio Nacional de Arte. Un más que merecido reconocimiento, cuando su obra traspasó hace años las fronteras.

Con su sencillez y humor propio, al enterarse del Premio Nacional, señala: "Se puede ser profeta en su tierra". Es también la primera mujer en Chile que recibe esta importante distinción.

Grandes Obras en Francia

A comienzos de la década del 70 se inician también sus monumentales obras para el gobierno francés. Parten con motivo del proyecto de un parque en el Bosque de Sénart, que fue el comienzo del primer museo de escultura al aire libre en Francia, en ese histórico lugar donde se encontraron Luis XV y madame de Pompadour.

El certamen invitó a 30 escultores y seleccionaron sólo a siete. Su obra "Señal en el bosque" (en madera) fue una de las escogidas.

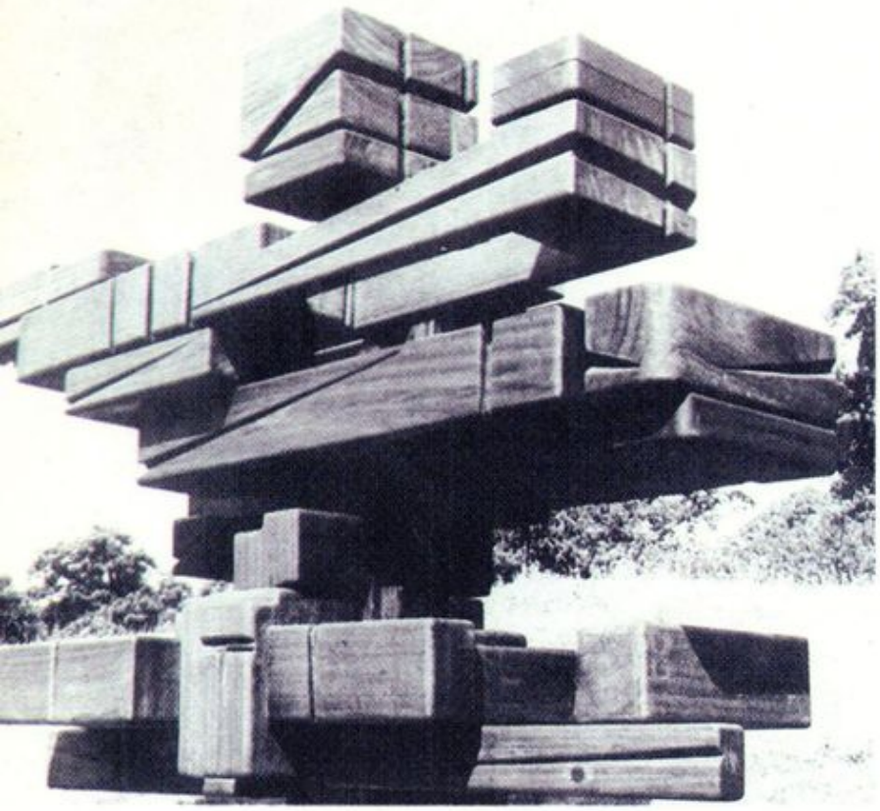
Luego vinieron otras importantes creaciones, como "Caleuche" (madera, 4 metros), que se encuentra en el puerto de Saint Nazaire, frente al Atlántico. La famosa "Rosa de los Vientos" (con piedra de Borgoña). "Rosa de los Vientos II", que se impone en la Universidad de París...

Desde antes ya figuraba "Manutara", que la hizo en 1957.

Más recientes son "El espíritu del agua", en bronce, que se encuentra en la Plaza de Gaulle, en las cercanías de París. "Vigía de los mares" (granito, 7 metros), realizada para la Marina Nacional de Francia, ubicada en el puerto de Crozon... Está "Cimas" que se alza junto al Ministerio de Educación de Pas de Calais. Y varias más que conforman unas 15 esculturas en lugares públicos franceses.

También hay obras suyas en Estados Unidos, como "Toqui I" en el Hirshorn Museo de Washington. Y se yerguen sus "Torres del Silencio" (1960), en el Parque de las Esculturas en Middelheim, cerca de Amberes (Bélgica), junto a crea-

"Señal en el bosque"



ciones de Rodin, Brancusi, Chillida, Giacometi...

En 1970, hizo, asimismo, el relieve para el Mural de Osaka para el pabellón chileno de la Exposición Universal de Osaka.

En 1985 es invitada a integrar la Academia Chilena de Bellas Artes.

En nuestro país, todo un patrimonio habla desde aquellas creaciones figurativas de sus inicios, como los retratos de sus hijos, hasta sus obras públicas, semi figurativas o en su lenguaje simbólico abstracto, enraizado en América. Algunas de sus obras públicas son las esculturas en la Basílica de Lourdes en Quinta Normal, su "Homenaje a la Neurocirugía", que se impone a la entrada del Instituto de Neurocirugía. "Canto a la Vida", en la Clínica Alemana; "Arbol de la Vida"; "Himno al Trabajo". "La Pachamama"...

Ultimas Creaciones

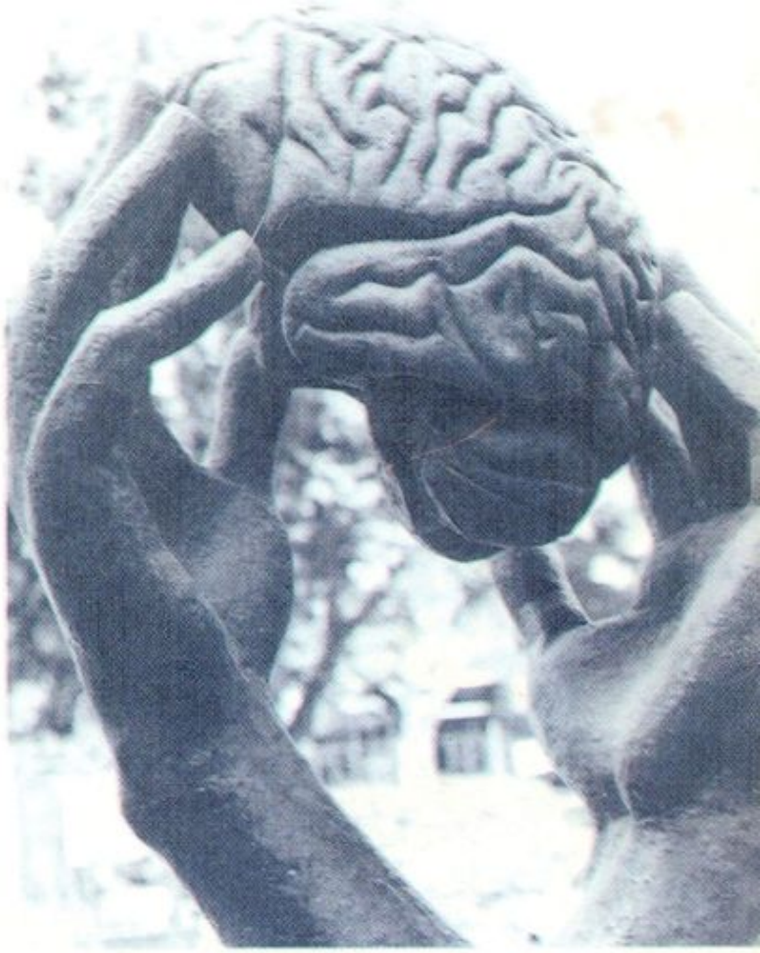
En 1991 realiza "Señal" (en madera policromada) para el Parque de las Esculturas de Seúl, Corea.

Y entre las últimas obras de Marta Colvin, destaca la proyectada en 1992, ya aquejada de un accidente vascular, que se produjo mientras terminaba una escultura para el Grand Palais de París.

Marta, con un tezón indescriptible, desafiando la adversidad, junto a sus canteros, creó una obra para la sede de la Unesco, en Ginebra. Que, por su logro, fue instalada a la entrada del edificio. Aunque debió arreglar la luz, otro elemento primordial en su hacer. "Porque con una mejor iluminación la obra en piedra blanca vibra".

Este mismo trabajo no debía tener más de 60 centímetros. Pero llegó a una escultura de poco más de dos metros que tituló "Himno a la Paz". "Planteé expresarme con elementos pequeños para hacer un total".

El Congreso Chileno le encargó luego otra escultura. Marta Colvin les propuso una versión de "Las Torres del Silencio". Porque cuando la realizó, a inicios de los '60, nadie la vio; del museo partió a Europa. El original es en piedra gris, y la de Valparaíso es en piedra roja.



"Homenaje a la Neurocirugía"

"La Pachamama" (1986)

Lo Monumental

La monumentalidad distingue todas esas obras de Marta Colvin. Lo usual es que sobrepasen los tres, cuatro o siete metros. Pero, incluso, en sus esculturas de pequeño formato está presente lo monumental. "Se proyectan así. Es expresar lo más con lo menos".

Sus obras juegan con el movimiento, con el espacio y el entorno. El tamaño de América y la majestuosidad de los Andes están allí. Y la forma en cómo se organizan los volúmenes de sus contrucciones, con ritmo, rigor, variedad de dimensiones y direcciones, le dan particular vida a las esculturas.

Salvo excepciones el lenguaje maduro escultórico de Marta Colvin es la abstracción. El figurativismo lo siente para ella peligroso. Aunque sus primeras obras y retratos hablan también de creatividad y de acabado oficio. Desde hace décadas de lleno en lo abstracto ha hecho ciertas concesiones, lo reconoce en uno de sus últimos trabajos, como "La Pachamama", que simboliza una mujer, y que está emplazado en el Parque de las Esculturas de la Municipalidad de Providencia.

Sucede que con esa obra Marta Colvin quizo sacar algo de la profundidad de la tierra y plantarlo allí. "Además, fui muy maternal con mis alumnos. Los consideraba como mis hijos y como casi todos los exponentes en el Parque fueron alumnos míos, esa escultura es como mi presencia que quería que vieran si ello fuera vivo".

Esa y todas sus obras que se exponen aquí o se levantan en plazas, parques o en los más importantes museos del exterior crean magia. Cautivan al espectador y lo trasladan a un mundo de materia animada, de proyección monunumental, americana, con el sello Colvin.

La autora: una mujer en extremo femenina, cálida, aguda y bondadosa, supo imponerse aquí y en el exterior con una obra propia y de excepción. No obstante, con la sencillez y severidad característica de los grandes, Marta Colvin señala: "Creo que ensayé al final de mi vida, porque al inicio uno se prepara. No encuentro

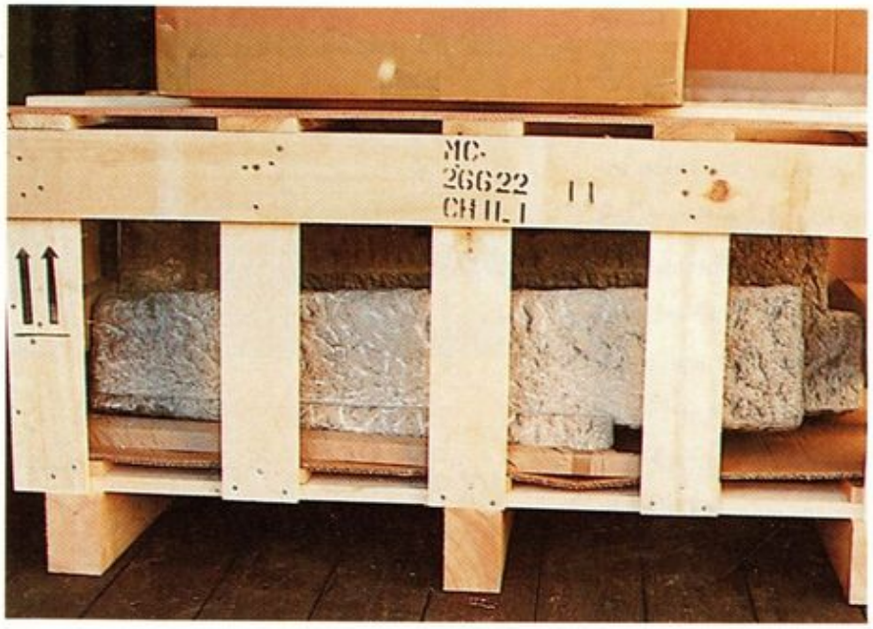
mal el resultado, pero pienso que podría ser mejor. Siempre hay algo de insatisfacción".

La crítica mundial, los museos, parques y espectadores le dicen a Marta Colvin: lo suyo es lo mejor. Como se publicara hace años en la prestigiada revista francesa «XXe Siécle»: "El arte de Marta Colvin debe a sí misma su presencia acabada; la mesura y desmesura de su designio. Arte de hoy, pero sobre todo y ante todo, arte de un tiempo fuera del tiempo"

Cecilia Valdés Urrutia

Fotografias:

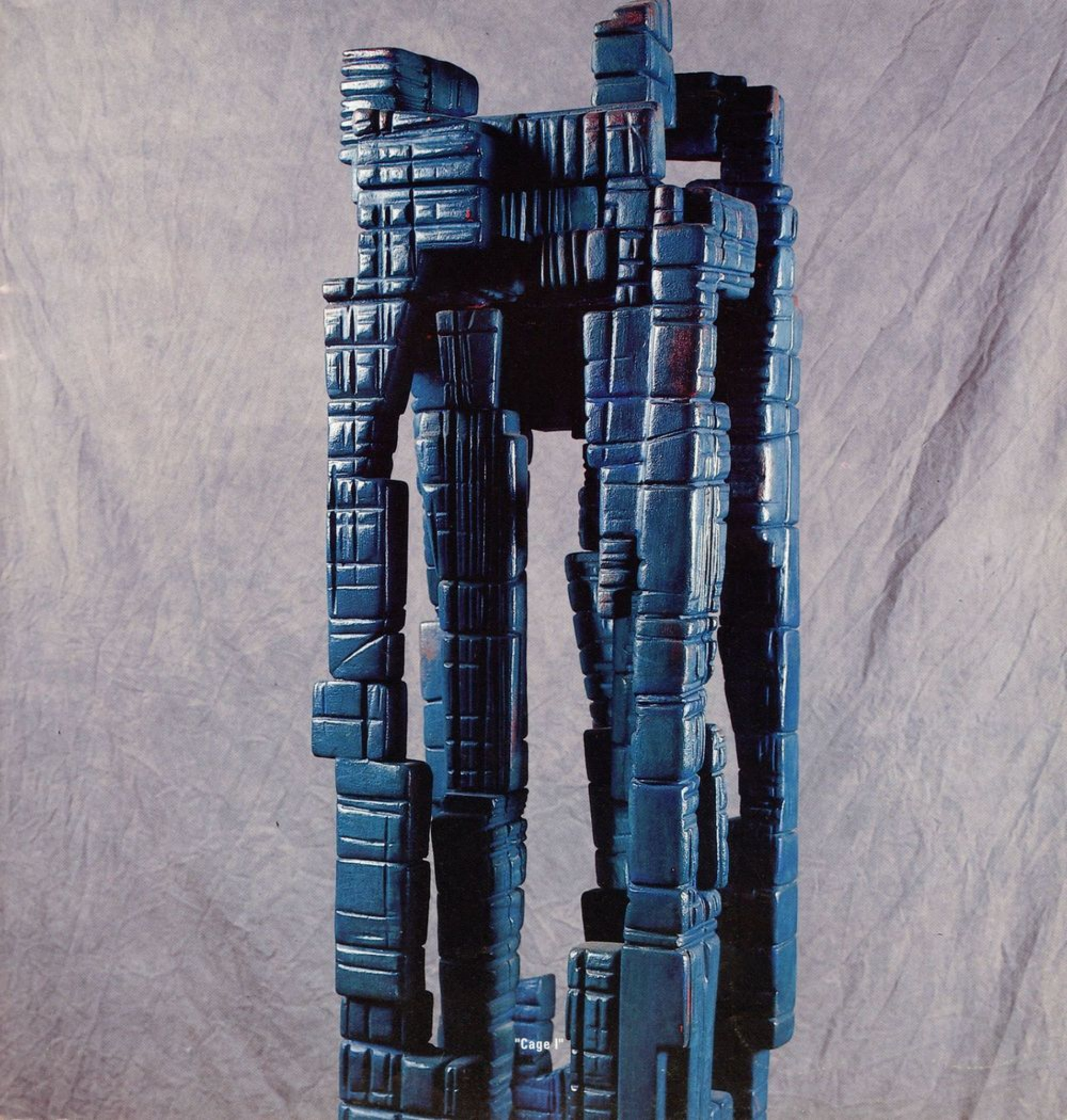
Luis Poirot
Archivo de la Artista



En marzo de 1993, Marta Colvin declaró públicamente su intención de traer a nuestro país sus innumerables obras, bocetos y maquetas que poseía en su taller de París. Esta aspiración de la artista fue recogida por las empresas C.M.P.C y El Mercurio, quienes unieron esfuerzos para materializar la traída de las obras que se expusieron en la Maison de L'Amerique Latine en París, durante los meses de abril a junio. Terminada dicha exposición, se embarcaron las obras expuestas, junto con aquellas que permanecian en su casa-estudio, en la capital de Francia.

De esta manera se cumplió el propósito de recuperar para Chile una parte muy significativa de la producción de esta gran artista.

El arribo de los container al puerto de Talcahuano en septiembre pasado constituye la llegada a nuestro país de todo un patrimonio nacional de incalculable valor . Lo que ha permitido también la realización de esta significativa retrospectiva en el Museo Nacional de Bellas Artes.

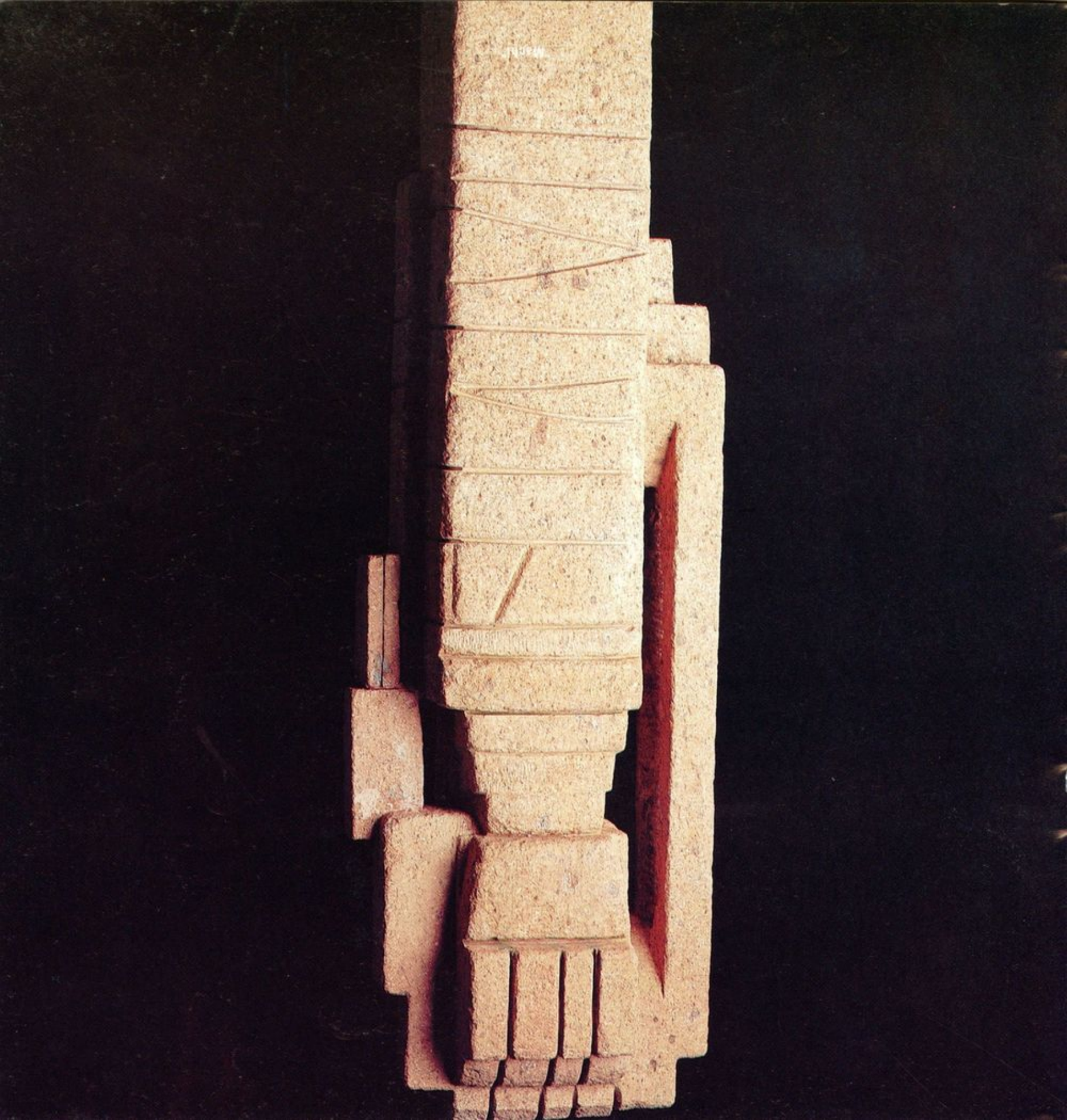


"Cage I"

"Ariki III"

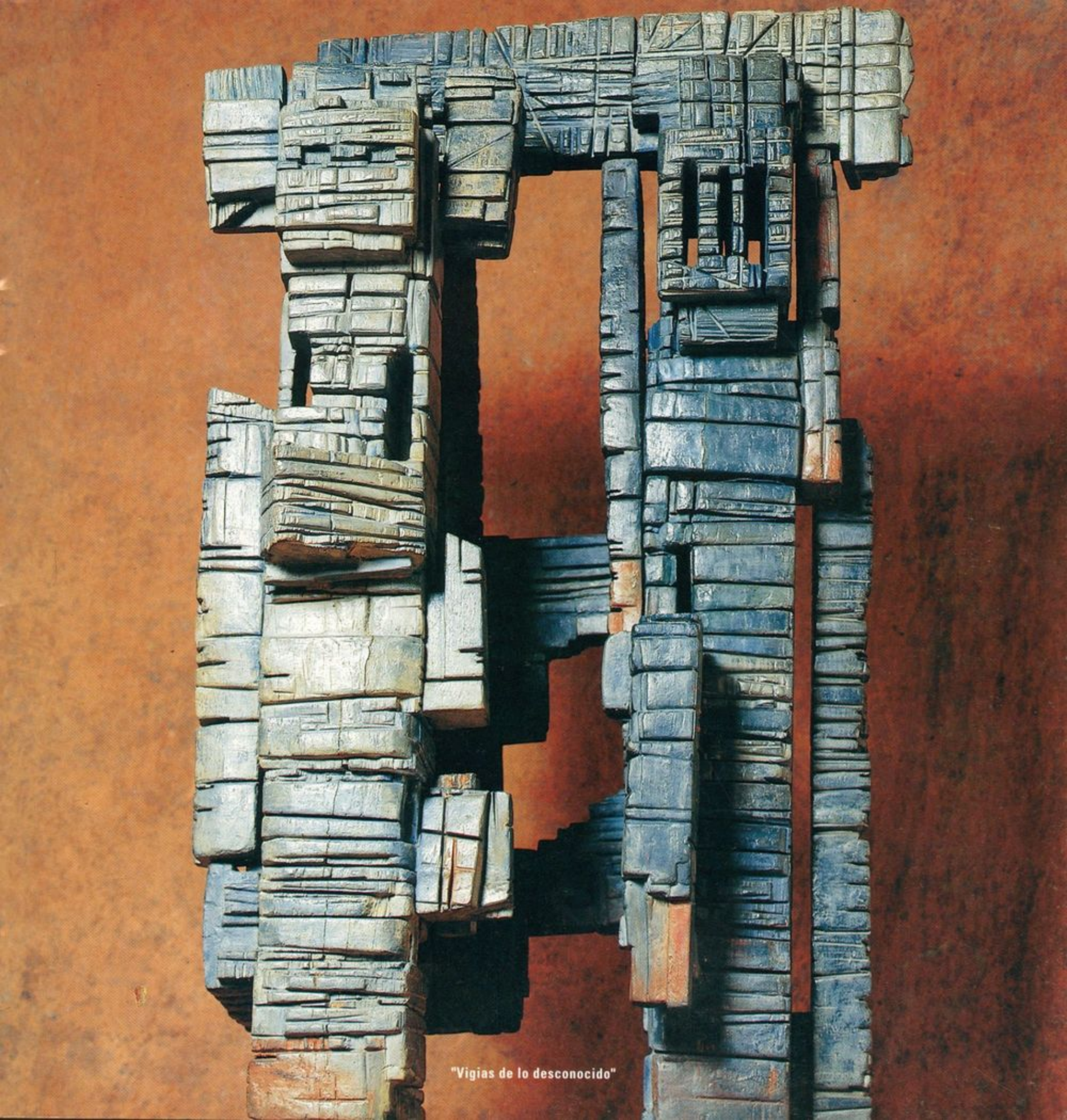
"Puerta del Sol"

"Caleuche"



"Torres del Silencio"

"Ixchel"



"Vigias de lo desconocido"

"Ariki"

Fotografías
Juan Pablo Fabres

00408AHC

20 de Diciembre de 1993 al 27 de Febrero de 1994

Sala Matta

Museo Nacional de Bellas Artes

Santiago • Chile